

---

---

# El mundo es una escuela

GERMAN ARCINIEGAS\*

---

---

Tres universidades —la del Externado, la de América y la Central—, son las responsables de este acto que me abruma, y Otto Morales Benítez, su vocero generoso. Para hacer más visible este desbordamiento de su bondad, el Presidente Belisario Betancur, ha dictado el decreto que lo cubre con su manto protector de las artes y las letras. Su gobierno ha sido de aliento para quienes escriben, pintan, hacen música, es decir, quienes se mueven dentro de los ámbitos ambiciosos del estudio, la ciencia o el arte. Lo suyo supera a todo lo que en Colombia se ha hecho desde el gobierno en estos campos, y a cuanto alcanza a columbrarse en el ancho mundo. En este caso el afortunado soy yo, y mi gratitud infinita.

Las tres universidades promotoras son instituciones privadas que se han colocado en el mapa de Colombia, como adalides académicos. La del Externado, con la bandera liberal, en cien años de fe y trabajos ejemplares ha mantenido, y muy en alto, un gigantesco esfuerzo por alcanzar niveles de estudio cada vez más sorprendentes. Nacional e internacionalmente, celebró en su bellísimo hogar de los cerros, el cumpleaños número cien. La de América, invención feliz de Jaime Posada, ha rescatado para Colombia la casa en que Nariño imprimió los Derechos del Hombre y con ella el núcleo, sagrado para nosotros de unos cuantos lugares que recrean el alma de la historia nacional. Hoy, entre selvas de eucaliptus, construye uno de los más bien ventilados conjuntos de aulas consagradas al quehacer universitario en el continente. La Central es una de las sorpresas más gratas que tienen los mismos bogotanos, viendo cómo en los corazones de las viejas manzanas de las Nieves millares de estudiantes se aíslan y afinan para penetrar en el estudio de la materia colombiana y de sus relaciones con el mundo, dejando

---

\* Escritor, periodista, profesor universitario, presidente de la Academia Colombiana de Historia.

como testimonio una serie de libros básicos para la cultura nacional.

De cómo las tres universidades se han juntado, y encargado al autor del bronce magnífico que recuerda el juramento del Aventino en Chiquinquirá, el que hoy se coloca a la entrada de esta biblioteca colombiana, es un caso inusitado, casi único que sólo se explica por algo que está más allá de las disciplinas académicas, pero que tiene una rara razón que lo anima: la bondad. Soy el objeto de todas estas circunstancias reunidas, y trataré de explicármelo en voz alta para que ustedes mismos entiendan este homenaje casi incomprensible, que explicado por el Presidente Betancur o por Otto Morales Benítez, sólo es un testimonio apasionado de amistad.

Los bronces se dedican a los muertos, y contemplando este mío sé que voy a hablar como si lo hiciera viniendo del otro mundo. Sólo en las ruinas de Cesarea, en Israel, conocí un caso curioso del imperio romano. Se erigían estatuas en vida de los gobernadores, con cabezas que atornillaban. Al morir el funcionario, se desatornillaban, se echaba a la basura la cabeza del muerto y se colocaba la del sucesor. El Rey ha muerto, viva el Rey. No es mi caso, he pensado, y a lo mejor seguirá en este ángulo de la Biblioteca Nacional por algunos años. . . Aquí, la costumbre bogotana es de bronce y mármoles peregrinos, se erigen en los parques y cuando hay cambios urbanísticos comienzan las andanzas de Silvas, Ricaurtes y Córdovas. Que la Biblioteca me resguarde hasta donde sea posible. . .

No entro a discutir, como podría hacerlo, sobre si tengo o tuve los méritos que exige una consagración tan importante como ésta. Se dice que soy un escritor, y sé, por el trabajo mismo que me toma el ejercicio de la máquina, que si lo soy, lo soy por la paciencia y la constancia. Se premian, pues, estas singulares virtudes cristianas. Sé que soy un estudiante, y en este caso lo que se señala es el no haberme graduado para seguir en las bancas. Mi vida deja patente que más allá de la universidad queda por explorarse ese horizonte sin límites en que el buen estudiante tiene campo de trabajo al infinito. Queda por saber hasta dónde he aprovechado tantos años como los que he vivido después de salir de Santa Clara, y lo que puede señalarse es mi buena voluntad. Quizás mi función en este momento es la de decir cómo era Arciniegas, para tratar de darle alguna razón a los promotores del monumento.

Colocándome, así, objetivamente, fuera de lo que fue mi vida, para valorarla, resulto un tipo rarísimo que no sé hasta dónde puede llamarse ejemplar. No me es difícil identificarme porque tengo algunos rasgos notables para esta clase de investigaciones. Soy fresco y cínico. Digo las cosas ya sin mayores preocupaciones, y esto me permite publicar lo que pienso, como si nada. Una vez le decía, a quien tuve por mi confidente más cercano y admiraba y admiro entre todos los colombianos: Eduardo Santos: —Aquí en Colombia, hay libertad de palabra, hablada y escrita, tanto que puede decirse todo menos la verdad-. El doctor Santos se aguantó mi desplante, sonrió y creo que se dio cuenta de que yo estaba en lo cierto. Las cosas que hay que decir no pueden decirse. Pero ya, a esta altura de la vida, expresarse con toda frescura, cinismo y libertad es una de las posibilidades que le quedan a quien hoy va a hablar a ustedes después de muerto.

Hasta gramaticalmente la cosa es rara. Decir “después de que moriré” es una expresión que tal vez sea de buen uso entre espiritistas, pero no es normal, ni suena bien. Lo hago, por culpa de ustedes, los promotores del monumento. Y tranquilo, delante del Presidente de la República y de sus Ministros, presentes todos por su gusto, en esta inhumación. Ojalá sea provechosa la lección de quien vivió como si el mundo en torno fuera una escuela sin grados, de las imágenes cambiantes susceptibles de despertar su admiración. He sido más espontáneo que una joven india de servicio a quien llevamos a Nueva York, y resultó muy orgullosa. Jamás estuvo dispuesta a ningún deslumbramiento. La pasábamos al pie del Empire Building de cien pisos, y en vez de mirar hacia arriba, lo hacía hacia abajo. A mí no me sorprende (la palabra justa que llevaría en la mente sería más cruda y regional). Yo sí mantengo intacta la capacidad de maravillarme, y encuentro que Colombia y América son tan fabulosamente cargadas de sorprendentes intimidades, que ingenuamente no me canso de descubrirlas. Me asombran y llenan de entusiasmo. Desde los tiempos del bachillerato siempre fui eso: un entusiasta. Por eso fomenté huelgas, carnavales, revoluciones. . . Lo tremendo y peligroso es mi persistencia en estos ímpetus, sin que mueva un dedo por contenerlos. Es muy posible que a esto deba mi longevidad. . .

Se dice que he escrito 43 libros, y no es cierto: he escrito uno, que no termina. Para que ustedes tiemblen de pavor, tengo en estantes, un baúl y varias gavetas volúmenes sin publicar. Son del mismo libro. Mi imaginación es infeliz, limitadísima. No he salido del tema

que comencé a explorar cuando lo de *El Estudiante de la Mesa Redonda* (Madrid 1932). Quien tenga la paciencia de comprobarlo verá, que sigo dándole vueltas al mismo asunto. Contradiciéndome muchas veces, porque si una primera recreación de Bolívar o Vespucci o Colón cambia a medida que me acerco más al personaje, creo que me toca reconocerlo. Lo que sí es notorio es que el protagonista de esta comedia humana es América. Tan evidente es esta limitación mía, que al registrar los títulos de los cuadernos que voy publicando de año en año, se verá que abiertamente o apenas tapada, siempre está una misma palabra, la que corresponde al personaje único, y estoy convencido que el relato quedará trunco porque ya no me quedan por delante sino unas decenas de años, y no son suficientes. He aquí la comprobación inocultable; siguiendo los títulos de los cuadernos publicados: *América, Este Pueblo de América, América Mágica, América en Europa, América y el Nuevo Mundo*. Entre los títulos con el nombre emboscado están: *El Estudiante de la Mesa Redonda, Los comuneros, Biografía del Caribe, The Green Continent, Entre la Libertad y el Miedo, El Continente de Siete Colores, Nueva Imagen del Caribe, El Revés de la Historia, Transparencias Colombianas, Los Pinos Nuevos, Bolívar y la Revolución, 20.000 Comuneros hacia Santa Fe. . . etc.* Hay casos en que al traducir los libros a otros idiomas, destapan la palabra tapada, y así *El Continente de Siete Colores*, pasa a llamarse *Latinoamérica, Historia de una Cultura*, y *Entre la Libertad y el Miedo, Panorama de América Latina. . .*

A partir del año en que se me acabó la escuela y quedé como abogado, no pudiendo volver a Santa Clara, como estudiante seguí como profesor, sin que desde entonces haya sido fácil establecer el deslinde para saber con exactitud si soy profesor o estudiante. Por experiencia creo haber pasado de ser estudiante mediocre al mejor de mis clases, y los cuadernos de tareas que he llevado y corren publicados como libros, formaron un laberinto en que no se sabe si son obras separadas o la misma con caras diferentes. Cuando se publicó uno de esos cuadernos de clase con el título de *Los Comuneros*, un diario conservador de Bogotá, estuvo a punto de morir de risa: *Historiador Habemus*, era el titular de la noticia. Tenía razón, pues el relato sacado de muchos meses de repasar legajos en el Archivo Nacional, parecía cuento, y este aspecto sedujo a los historiadores curtidos, que siempre se refieren a lo mío como si fuera obra de ficción. Y parecía. Del archivo

salían cosas increíbles, contrarias al gusto de los profesionales. De entonces me quedó una duda sobre los géneros literarios que expuse el día en que la Academia de Historia me recibió no sé, si de número o por equivocación. Mi papel de entrada fue "*La Historia y la Novela*". Hablaba de la veracidad en la novela y aludía a la mentira en la historia. Cosa que expliqué alguna vez al reseñar para "*Sur*" de Victoria Ocampo, dos libros que acababan de aparecer con el mismo título. Uno, *El Bolívar* de Waldo Frank, publicado en Nueva York; el otro, el de Madariaga, de Madrid. El rótulo que dí a mi reseña fue muy exacta: Dos autobiografías sobre Simón Bolívar. . . Extendiéndolo la descripción a mil obras del mismo género, creo que queda dicho lo que pienso sobre la mayor parte de ellas. Me llena de sorpresa y admiración el poeta que así mismo se llama poeta, el escritor que se dice escritor, el historiador, o el novelista que se colocan cada cual en su departamento para quedar bien en las historias literarias. Es un profesionalismo mezclado de credulidad, que inspira ternura al menos desde una situación tan contradictoria como la mía, en que el único libro que he publicado diciendo que es novela, es el más lejano de todos a la ficción. Lo lancé así de miedo. Se trataba de un viaje entre una docena de emigrantes de quienes recogí sus relatos, y tanto temor tuve a que pudieran montarme un pleito por difundir sus vidas, que advertí en la primera página: Todo esto es ficción, es decir: mentira. Jamás había estado más cerca de la verdad. . . Otra vez anuncié un libro que jamás publiqué. Contándole a Alberto Lleras mis experiencias en Inglaterra, recogidas en notas, me dijo: Ese libro tienes que publicarlo. Le titulé: *La Isla de los Caballos*, y de ese propósito ilusorio no pasé nunca. Un ilustre profesor de literatura vio el anuncio, y enseguida escribió en su historia un juicio sobre esa novela. La mención pasó a otras historias de otros historiadores. En una, de un argentino al juzgar mis "novelas" señaló la mancha que les afectaba: mis interpretaciones freudianas. . .

Para mí tengo, y es bueno consignarlo en estas confesiones de ultratumba que soy un periodista y nada más, me acerco a los personajes de otros siglos como si vivieran. Es la única manera de saber de sus hazañas y desventuras. Hago, pues, reportajes. Pero busquen ustedes el catálogo de periodistas de Colombia y el que encuentre mi nombre en él, tiene asegurado mi más profundo reconocimiento. Le hago una entrevista a Jiménez de Quesada, a Bolívar o a Colón. Los historiadores dicen que es novela, los novelistas se mueren de risa y en el periódico tratan de echarme a

cualquiera otra de esas casillas literarias, sin tomar en cuenta mi bendita columna bisemanal de hace cuarenta años. El periodismo, lo que vale es el carné. Como en la Academia, como en la universidad. En otras palabras: este de bronce que veis aquí, tan empinado, no es nada, y de esa nada vengo para asustar como un espanto. El júbilo con que recibo mi exaltación, se mezcla con mi desconcierto de hilaridad.

¿Por qué estoy metido dentro de la encrucijada que he tratado de explicarles y explicarme?. ¿Qué habrá en este personaje descuadrado para que coloquen su imagen de portero a la entrada de la biblioteca?. He aquí lo que debo decir, finalmente, con la ingenuidad de ese infantilismo que siempre me ayudó a vivir cuando vivía. La historia tiene de bueno el pasado. Mirar hacia atrás es más seguro que la aventura de escrutar hacia adelante en un futuro siempre veleidoso, lleno de sorpresas agazapadas, no todas las veces buenas. Cuando pienso en lo único que de veras me preocupa, el Nuevo Mundo, el Mundo Nuevo, me parece su descubrimiento tan fabuloso que no hemos logrado ni verlo ni apreciarlo. Se trata de algo que vino a poner al desnudo las equivocaciones de los hombres en quince, veinte, veinticinco siglos. Aquellos seres incompletos, los precolombinos de los dos hemisferios, se movían en una tierra pequeñita que no sabían si era plana o esférica. Carecía de revés. No le salían de su puesto en el espacio y la consideraban el centro de las estrellas y los soles del universo. Ni los descubridores del siglo XV alcanzaron a darse cuenta de lo que le entregaban a los sabios de entonces. Nosotros mismos hablamos de negros, indios, zambos y mestizos, sin darnos cuenta de la suerte, sobre todo de los blancos, que vinieron a ser quienes más cambiaron a partir de 1492. Cuando comprobamos hoy que hay en este hemisferio más hijos de españoles que en España, más de portugueses que en Portugal, más de polacos que en Polonia o de irlandeses que en Irlanda, o de ingleses que en Inglaterra. . . y que todos ellos y los judíos y los árabes y los hugonotes y los republicanos y los perseguidos... se vinieron a buscar aquí un asilo de donde surgieron las más viejas repúblicas del mundo. . . llegamos al punto de encontrar que la más grande de las revoluciones ocurridas en la tierra, y la más radical ha sido la de estos neoamericanos de todas las naciones llegados a las otras orillas del Atlántico y del Pacífico como fugitivos, forman, en conjunto, la más grande protesta universal contra todas las injusticias. Vinieron con la esperanza de esta nueva sociedad política americana que si aún no ha sido perfecta, fuera de aquí sigue siendo la gran burla de las esperanzas de todos los hombres.

Decía Bolívar en uno de esos arranques felices de su oratoria mágica: “La libertad de América es la esperanza del Universo”. En esas pocas palabras fijó el destino de todas las partidas de hombres que aquí han venido o peregrinas o desterradas, o simplemente aventureras, a proclamarse independientes de Europa. Llevo decenas de años viendo este proceso que me apasiona con el candor de un niño, con el ardor de un muchacho, con la nostalgia de los años maduros, y que alejándose de las claridades de la vida lo columbro desde la otra orilla. Así, con cara de bronce volveré a esta biblioteca a repasar en los libros estos misterios dolorosos y gozosos que, como me hicieron vivir años de años, espero hagan vivir a otros el tiempo necesario para que tengan conciencia de su historia. Comprometerse consigo mismo, es decir: con su tierra y con su pueblo, es hacer tierra firme en esa América que no puede ser de los otros para que aquí, ocurra, en la libertad, la esperanza y escuela del universo.

El meridiano que debemos trazar entre nosotros y los otros, el que sin saber casi lo que hacía Alejandro VI tiró para partir el mundo entre dos conquistas, se ha convertido en la raya que separa los imperios y las monarquías de allá de la cuna de las democracias y las repúblicas de acá. Por eso somos otra cosa, con otro destino y otros compromisos. Otra historia, otra novela, otra fábula, otra poesía. Este es el único continente que surge aislado entre los dos grandes mares de la tierra: el Atlántico y el Pacífico. Un mapa esbelto y maravilloso que contrasta con el del hemisferio en donde Europa, Asia y Africa se apelotan como masa informe de tres colores de hombres y tres vastedades de tierra mal separadas, al punto que lo que se ve como península se llama continente por la sola razón de los aconteceres humanos.

En este punto de lo que no sé si es o no mi vida, despierto de un sueño sin pesadillas y creo ver en lo más hondo de la patria estos deslindes que asignan a la tierra firme americana el mejor de los papeles en la comedia humana. Señores amigos de las tres universidades, señor presidente hermano en la ilusión civil, joven escultor del Bolívar en el Aventino, Otto amigo, y amigos que voy dejando al alejarme: si queréis vivir muchos años, aquí está la fórmula: empeñaos por hacer de América, tierra firme para la libertad, para el convivir, para la dignidad que da la independencia, para la fe en la libertad batalladora. Hay que sacar de los libros lo que no es paja ni humo, sino savia vital restauradora. Cuando

estábamos en los veintes de nuestras revueltas universitarias éramos estudiantes de la mesa redonda. Hay que seguir siéndolo con la misma alegría, sin que la ilusión se nos muera entre las manos y las deje vacías.